

PRESENTACIÓN

Hoy, ya final de milenio, hablar de una Europa nueva y distinta, llamada Unión Europea, es un lugar común, un tópico gacetillero. Una Europa convertida en un bosque de siglas en el que todos nos extraviarnos, salvo los muy peritos y expertos que de su técnica hacen ciencia hermética. Quizá sea éste uno de sus mayores déficits democráticos. Pero, más allá de los reproches circunstanciales, nos encontramos ante una realidad que ha materializado el diseño utópico de un grupo de soñadores que imaginaron un espacio sin guerras y sin miserias. Una legión de pensadores, a veces poetas, encabezados por Dante, Marsilio de Padua, Jorge de Podebrady..., hasta llegar a Briand y a Coudenhove-Kalergi. Un larguísimo cortejo que ve colocar la primera piedra de la construcción de la Ciudad de Dios cuando se produce la forma del Tratado constitutivo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951).

Miradas las cosas con un mínimo de rigor, cincuenta años son un brevísimo instante histórico para la encarnación de un proyecto repleto de dificultades y enfrentado no sólo a innumerables incomprensiones, sino también a realidades absolutamente racionales y comprensivas. El obstáculo más severo, o uno de los más duros, el dogma intangible de la soberanía en un cerrado universo de Estados. Acompañado, además, de su cortejo de sentimientos: la patria, la bandera, el himno... Y una pregunta en la mente de todos: ¿Cómo nos defenderemos, si abatimos nuestras fronteras?

Sin embargo, a esta pregunta excluyente, se opuso otra interrogante, menos literaria y de mayor calado, que imponía la urgencia del pragmatismo: ¿Conocerán los europeos, aún durante el siglo XX, el de la sangre y la barbarie, una nueva guerra continental, en aras de los egoísmos nacionales y de las apetencias minero-siderúrgicas? Por este camino, se llegó a otra cuestión, todavía más angustiosa: ¿El Estado-Nación, tal y como se diseñó en el pasado, podrá sobrevivir o, más directamente, será capaz de sumir y de resolver todas las necesidades y también todas las exigencias de sus ciudadanos?

Así empezó la andadura que, hoy día, nos conduce ante el reto de la moneda única y los desafíos de la libre circulación de personas, de capitales y de mercancías —¿también de ideas?—, de los grandes imperios masificadores de los medios de comunicación... Al final, un cofre atestado de sorpresas, porque, ¿en qué clima nació lo que por aquel entonces se denominaba sospechosa y oportunamente Mercado Común?

Cuando, tras no pocas dificultades en el trayecto, estaba a punto de cerrarse la compleja arquitectura de la Europa reducida, de la Unión Europea, cayó el Muro de Berlín

y sin ninguna arremetida. Fenómeno inesperado que despertó a todos los europeos de una pesadilla angustiada. Las fronteras mentales europeas volvieron donde solían y la Vieja Dama recuperó Praga, Budapest, Varsovia... Surgieron nuevos Estados y resucitaron otros que habían sido enterrados por las dos Guerras Grandes y por los pactos y acuerdos entre las Grandes Potencias. Consecuentemente, todos estos recién llegados se agolparon a las puertas del fortín de la felicidad cuya capital es Bruselas. Por añadidura, Alemania recobró su unidad, tantas veces rota y alterada en tan pocos años, y volvió a ser centro, corazón y motor de Europa.

Junto a estas perspectivas no esperadas, el proceso de fortalecimiento ha proseguido. La Unión Europea ya es un sólido socio de los Estados Unidos de Norteamérica y de Japón. Pero, también los poderosos tienen sus cuitas y sus tentaciones. Así, en tiempos del pensamiento único y del mercado único, algunos, los de siempre, piensan que el paro es un fenómeno estructural, compañero inseparable de la prosperidad; o, peor aún, que sin un ejército de desempleados es de todo punto imposible generar riqueza; y que, en consecuencia, el Estado de bienestar fue una locura de un puñado de visionarios. Por si todo ello fuera poco, Europa, paralizada durante medio siglo por la paz como rehén gracias a la Guerra Fría, vive, ahora y en su propio suelo, los fantasmas horribles del pasado: nacionalismos excluyentes, guerras localizadas o regionales, fascismos, limpiezas étnicas, genocidios...

El repertorio de ilusiones y de inquietudes a los que debe enfrentarse la Unión Europea imponía la necesidad, no sólo académica y cultural, de que la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense dedicase un número de su revista *Política y Sociedad* a la Unión Europea. Puede parecer infantil exhibir cartas de nobleza; pero, esta Facultad, ya desde los tiempos en que sólo lo era de Ciencias Políticas, Económicas y Empresariales, fue un reducto de europeístas de todo género. Nombres como los de Carlos Ollero, Luis Díez del Corral y Antonio Truyol corroboran esta afirmación nada gratuita. Las generaciones siguientes nos traerían a Luis González Seara, Raúl Morodo, Manuel Medina Ortega y tantos otros. Profesores todos comprometidos con la idea y con el proyecto europeo. Y no sólo en lo académico. No pocos profesores de esta Facultad ocuparon u ocupan escaños en el Parlamento Europeo: Martínez Cuadrado y García Amigo, entre otros. Recordar, detalle que muchos desconocerán, que el Comisario Marcelino Oreja también ejerció docencia en nuestras aulas como Profesor Encargado de Curso de la asignatura «Derecho Diplomático y Consular».

Ese interés real y comprometido de nuestra Facultad con su marcada vocación europeísta se ve hoy realizado por la incorporación de las materias europeas, bajo distintas advocaciones, en los vigentes Planes de Estudios.

Conscientes de que con esta entrega no se agota la materia, este número monográfico pretende cubrir los aspectos más relevantes de la Unión Europea. Arranca con un estudio, imprescindible, sobre la idea de Europa de Paloma García Picazo. A continuación, Carlos Taibo reflexiona sobre lo que genérica y artificiosamente se han llamado, durante la Guerra Fría, las otras Europas. Y Santiago Petschen escribe acerca del magma de Pueblos y de Regiones; más allá y por encima del mundo de Estados europeos.

Tras esta aproximación al pensamiento, a la ideología y a las realidades, se encaran algunos aspectos institucionales. Así, Manuel Medina Ortega se ocupa del Parlamento Europeo y Juan Gómez Castañeda estudia la Unión Monetaria. En último lugar, se tocan algunos quehaceres fundamentales y prometedores. Esther Barbé Izuel analiza la Política Exterior y de Seguridad Común. Mientras que José Ángel Sotillo expone los problemas de la Cooperación para el Desarrollo de la Unión Europea. Serie de ensayos que cierran Eduardo Moyano y Fernando Garrido con la consideración de un tema de especial relevancia para los intereses españoles: los actores sociales y la política agroalimental en la Unión Europea.

Al diseñar este número de *Política y Sociedad* también quisimos darle un sentido práctico, instrumental. Razón por la que, en su sección documental, se reproduce ínte-

gra la «Agenda 2.000: Por una Unión más fuerte y más amplia». Igual intención práctica aconsejó que en la Sección Bibliográfica se incluyesen únicamente reseñas de monografías recientes, manuales, de autores españoles, donde domina la rúbrica del que inicialmente se denominó Derecho Comunitario y hoy es, lisa y llanamente, Derecho de la Unión Europea. Rúbrica que, por cierto, parece finalmente imponerse en la mayoría de los centros académicos europeos. Aunque ello no sea óbice para que, como casi siempre suele ocurrir, unos contenidos docentes idénticos se disimulen bajo otras denominaciones que mal sirven para encubrir intereses gremiales y corporativos.

Pese a que sea una excusa no solicitada, queremos salir al paso de posibles críticas. Faltan nombres y también temas. Pero, aunque no se invoque como descargo de conciencia, es bueno que el lector sepa que hubo especialistas invitados a colaborar que no respondieron a nuestra llamada o que, aceptándola en principio, no cumplieron luego su compromiso; así como algún que otro entusiasta espontáneo que, después, tampoco materializó la entrega no solicitada pero sí admitida.

Queda, pues, el compromiso de una segunda entrega. Con esta primera entrega continuamos la vocación europeísta de nuestra Facultad y también su función de servicio a nuestra comunidad universitaria.

ROBERTO MESA

